

Cuechea a 11 de Julio de 1896.- Sr. Dr. José María Carbo A.- Guayaquil.

Muy estimado amigo;

Le escribo desde el lugar de mi prisión; y tengo esperanza de que llegará esta á sus manos, porque me lo ha ofrecido así un amigo respetable. Ojalá no se pierda esta; porque voy a expresarle mis genuinos sentimientos, como amigo y como miembro del partido liberal; creyendo hacer un servicio a mis correligionarios políticos.

Todo lo que le pronostiqué en Guayaquil, se ha realizado ad pedem literas; no tiene Ud. sino que comparar lo que les dije y lo que les escribí desde Molleturo, con lo que ha pasado, para convencerse de que mis previsiones nada tenían de infundadas. Ustedes juzgan de nuestros enemigos por las que publicamos, dictadas por la pasión política, dicen, y por lo mismo no los conocen, ni pueden conocer á derechas el estado de la opinión pública en estas comarcas. Bien podría ser yo responsable de este engaño político a varias personas; pero no soy un canalla, y mucho más cuando yo paso por autor de todo papel público que contra los conservadores se publica. No, no imitaré ciertos hombres..... débiles que, para obtener la benevolencia del vencedor, han llegado, ¿lo creerá Ud.?- hasta entregar mi correspondencia †

Debilidad no es crimen, sino vileza; y no me quejo ni escribiré jamás el nombre de mis amigos infidentes.

Basta referir los hechos, para pintar el estado de la opinión; he aquí lo acontecido.

A consecuencia de varios incidentes, llegué el cuatro del presente mes, á las nueve y media de la noche, acompañado de los señores Egas y de mi hijo. Llegué en el cuartel de la plaza de armas y entregué la comunicación que usted me encargó para el coronel Torres entonces supe que el enemigo tomaba posiciones en la parte norte de la ciudad; y el Jefe de Operaciones me manifestó un plano de combate é indicó todas las medidas que habia tomado para la defensa. Acostéme enseguida en la habitación del coronel Torres y fuí desperta-

do cuando los fuegos apenas se rompían. Desde ese instante no me separé del Jefe de Operaciones hasta que caímos prisioneros, después de seis horas de combate horroroso. Cada casa de la ciudad era un baluarte para el enemigo, cada ventana, cada puerta, cada tejado, vomitaban un torrente de proyectiles sobre nuestras fuerzas. Todo el pueblo se convirtió en combatiente; las mujeres formaban barricadas, los niños llevaban órdenes y distribuían municiones: Cuenca era un volcán, en cuyo centro recibían la muerte nuestros soldados, sin dar paso atrás, sin dejar de ~~vi~~ victoriar al Gaudillo. Guerrillas enteras quedaron tendidas; y el enemigo, audaz y de valor indomable, se precipitaba por esos flancos tomados ya por la muerte. En breve, el que no había sucumbido, vióse herido o prisionero: y la plaza en poder del General Vega, a quien la mayoría de los liberales creía incapaz de avanzar sobre Cuenca. No era tiempo de acusaciones y sinó, les habría recordado a varios Jefes que mis profeías se habían cumplido, como se cumplieron en "Tanquié": a U. le ~~con~~ consta que he sido el pronosticador de nuestras desdichas, pero no he sido escuchado.

Con el fin de evitar el primer impulso de furia popular, algunos amigos me arrastraron del cuartel a la cárcel; lo que para mí era dilatar el suplicio, ya que huir era imposible y tenía yo la firme convicción de que me victimarían. Llegados al salón de la policía, lo hallamos ocupado por el enemigo; y un grupo de cuatro, hizo fuego sobre el señor José Félix Valdivieso, salvado por milagro. Luego me descubrió el pueblo y fui señalado como víctima necesaria; pero los señores Manuel Reyes, Emilio Izquierdo y Rafael Falconí, me ^{salvaron} ~~escudieron~~ con sus cuerpos y evitaron se me matara. Nos agrupamos los vencidos en un ángulo del Salón, con el pueblo furioso al frente; pero los jóvenes ~~indicados~~ y otra muchísimas personas más, que acudieron después, formaban una barra salvadora para nosotros.

Alfin, se presentó un ayudante y nos comunicó, al señor Valdivieso y a mí la orden de pasar a unos de los cuarteles. Obedecimos; y al atravesar la galería baja de la Municipalidad, el pueblo se avalanzó sobre nosotros; y nos habría ultimado, si el joven don Honorio Vega,

no me hubiera cubierto con su cuerpo, precisamente cuando se iba a disparar sobre mí; i si los doctores Peña i Astudillo, no hubiesen hecho igual cosa con José Félix. La generosidad de los que nos salvaron, merece, no solo nuestra gratitud, sino la de todo el partido; pusieron en peligro su vida, por salvarla de sus enemigos, i eso es sublime.

Instalado en nuestra prisión, fuimos visitados por todos los principales adversarios nuestros; i de todos ellos recibimos muestras de interés i de condolencia. Los S. S. Arízaga, Muñoz V, Córdoba, Arteaga, &c. nos ofrecieron todo género de garantías i el señor Coronel Dn. Guillermo Vega García, se constituyó así como en nuestro guardián, para defendernos. Es, sin disputa, el jefe que más ha mirado por nuestra seguridad individual, después de capturados. Lo principal del Clero i del partido vencedor, ha estado en mi prisión; i me ha mostrado simpatías i respeto a mi desgracia; i lo mismo ha pasado, más ó menos, con todos los prisioneros; pues aun los individuos de tropa han sido atendidos por la caridad pública.

El terrible incidente de la muerte alevosa del Mayor Guillén, ha empeorado nuestra situación; testigos presenciales me han dado detalles del horroroso acontecimiento. Es un hecho atroz, infame, sin ejemplo; i en mi concepto, debido solo a extravío de la razón, a un ímpetu ciego del desventurado Valles ¿Como se puede suponer que un soldado liberal, un miembro del partido que se viene sacrificando por la inviolabilidad de la vida humana, un político que ha luchado contra los sostenedores del patíbulo, cometa acción tan villana, tan monstruosa? Se que Valles alegaba una orden del Coronel Torres pero, yo juraría que Torres jamás tuvo idea, siquiera, de lo que en el otro cuartel estaba sucediendo. Yo estaba con Torres, i ambos estábamos lejos de pensar en que un correligionario nuestro estaba a esa hora ensangrentando, ensuciando nuestro programa. La única orden de Torres fué que Valles recibiese la confesión de los prisioneros sobre las fuerzas del enemigo, sus proyectos, su plan de ataque, &c; pero de fusilamiento jamás. Si yó, si todos los liberales presentes hubieramos sospechado que tal iniquidad iba a per-

petrase, nos hubieramos sacrificado por evitarlo; i, si el Gobierno le vantara el patíbulo enemigos fuéramos de la Regeneración. ¿por qué, hemos, pues luchado? porque hemos sobre llevado tantas fatigas, tantos infortunios, tantos destierros i prisiones? Si invocamos los principios liberales, i los contradecemos ¿quien ha de confiar en nosotros.

He sido amigo del Coronel Valles, me duele en el alma su situación, daría lo que quiera por salvarlo; pero hombre de caracter i de principios como yo debe protestar contra un crimen de lesa humanidad, contra un crimen que deshonor nuestro amante partido.

He aquí lo acontecido: ahora haga U. deducciones practicas para la política ulterior; hemos cumplido con Alfaro hasta el sacrificio, i debemos pensar en la República; antes que partidarios de un caudillo, somos ecuatorianos, i estamos obligados a buscar un remedio eficaz para los males de la Patria.

¿Por que hemos sido vencidos en el cinco de Julio, teniendo tan héroicos soldados? Por que el pueblo, es decir, la opinión ha luchado contra nosotros; i la opinión no se vence, no puede vencerse con las bayonetas.

Luchar contra el común sentir de las mayorías es suicidarse, es cavar el sepulcro para la República. El sentir de las mayorías en todo el Interior, entiendo que es adverso a nuestro caudillo. Si el patriotismo desinteresado i puro, si la magnanimidad, si la abnegación no nos dan consejo, estamos perdidos, porque vamos a fomentar una guerra a muerte, una lucha eterna, una contienda que terminará con la vida de la República.

Antes de hallarme preso, yo hablé en Guayaquil de la necesidad de buscar la paz, de constituir la Nación, de hacer cesar los males que nos bienen afligiendo, tanto, que le hable a U. del modo de pensar del Sr. D. José Domingo Elizalde Vera, aunque yo no pensaba en todo como este Sr. ¿No fuera posible evitar la guerra, mediante arreglos que no perjudicasen ni contrariasen las aspiraciones del partido Conservador? No podría hallarse un medio de reconciliar a los ecuatorianos aunque sea imposible la fusión de los partidos? No podía darse con la manera

de desarmamos por más que sigamos sosteniendo nuestros principios, ambas partes contendientes? No podrá humanizarse la lucha, ahorrando cada gota de sangre como si fuese el único tesoro de la Patria? Políticos tienen Udes., filántropos tienen, patriotas tienen, ¿Porque no toca U. la iniciativa para esta gran reconciliación que salvaría la República? Por qué lo repito: el enemigo no es Vega, no es Lizaraburu, no es Rivadeneira: el enemigo es la opinión del pueblo interiorano; i la opinión puede ahogarse con la fuerza, pero vencerse, nunca.

U. comprenderá que para escribir esta carta, he necesitado más valor que para arrostrar cualquier otro peligro; por lo mismo que pueden ser mal interpretados mis sentimientos, i puedo hasta caer en la opinión de mis correligionarios. Pero, la Patria antes ^{que} de todo: mi convicción es esta; i cumplo un sagrado deber manifestándola honrada i lealmente a mis amigos, entregándola a discusión pública, si fuese necesario. Si estoy en un error, solo mi patriotismo me habrá extraviado; solo el espectáculo de tantos cadáveres de hermanos, de tantas familias desoladas, de tantas desgracias presentes i futuras, me han inspirado las ideas que le manifiesto.

Supongo, i me lo han dicho varias personas, que el partido vencedor abunda también en deseos de establecer la Paz; i que con este fin enviará una comisión a Guayaquil, U.U. ya verán lo que hagan; pero U.U. deben inspirarse en los verdaderos intereses de la República, i obrar despejándose de pasiones de bandería i despechando informes apasionados. Si viese que sólo había que vencerse a Vega u otro caudillo, yo les aconsejaría que le iciesen la guerra tenaz, aunque con ello diera mi vida; pero no puedo dar igual consejo contra mis hermanos del interior.

Sírvase recomendar a la prensa del Guayas, los nombres de nuestros libertadores; i créame su amigo sincero i leal.

(f) J. Peralta.